

# EL AMOR SEGÚN REVERTE

El escritor nos abre su biblioteca para **entrar en su corazón**. ¿El pasaporte? Su primera novela en la que la mujer gana la batalla.

POR GEMA VEIGA. FOTOS: BERNARDO DORAL

**a**rturo Pérez-Reverte (Cartagena, 1951) nos recibe en la puerta. Lleva la camisa remangada y sus manos sobresalen, como si las alumbrase un foco, curtidas por el salitre de su velero, las crónicas de la guerra y la aventura de la literatura. Tienen 61 años. Son fuertes, elegantes y se mueven con esa energía magnética con que el destino bendice a los genios. Lo que sale de ellas se traduce a 41 idiomas, desde Irán a Brasil, y es rastreado por 500.000 *followers* en Twitter y más de 100.000 en Facebook, algo que le convierte en el autor español más seguido en las redes sociales. Con una de sus palmas extendida y la otra en el bolsillo, nos invita a entrar en su biblioteca. De repente, los clásicos griegos y latinos, la Guerra de la Independencia, la Segunda Guerra Mundial, Cervantes y Quevedo, la literatura inglesa, la francesa, la que está en castellano... Así hasta 3.000 libros. Este lugar no es una parte más de su casa, es el corazón de su biografía. No es una colección, es un proyecto existencial, un socio, una amante. Casi un ser con quien este cartagenero que lee en tres idiomas mata a quien no pudo matar, conserva amistades inquebrantables, conquista ciudades y es infiel. Aquí, entre un catalejo de piel de ballena que le regaló su amigo Javier Marías, navíos con velas hinchadas dentro de urnas de cristal, decenas de soldados de plomo en fila india y exquisitos retratos de familia color sepia, ha hilvanado su nueva

novela, *El tango de la Guardia Vieja* (Alfaguara): el relato de una señora y un truhán en tres únicos pero intensos encuentros a lo largo del siglo pasado. Han hecho falta todos estos libros, 20 años de oficio reflexionando sobre los hombres y tener una hija para que este escritor de batallas saque a bailar a la mujer en su literatura. El resultado es Arturo Pérez-Reverte y el amor.

**Es la primera protagonista femenina de tus letras. Dinos, ¿cómo es ella?**

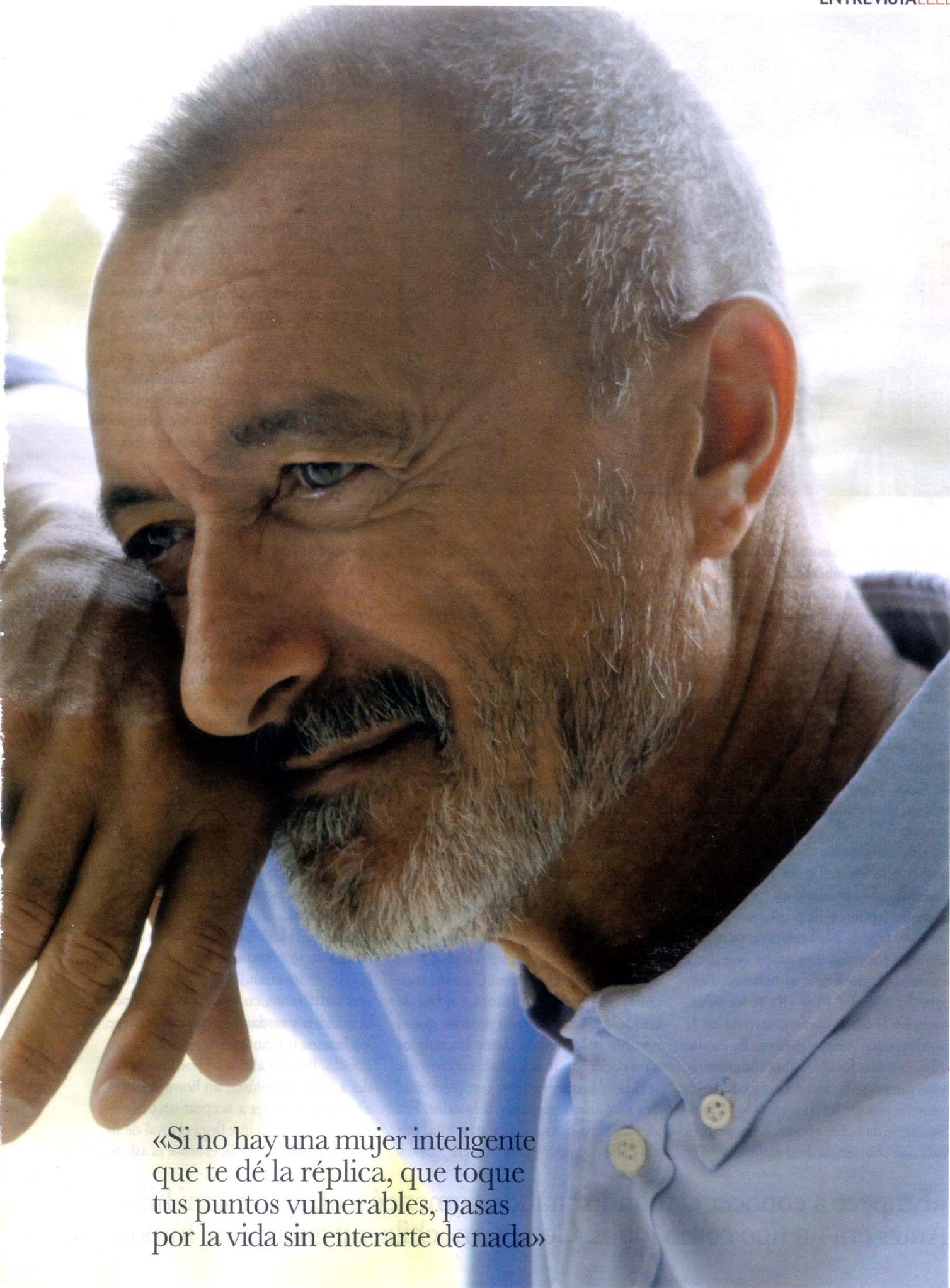
Bella pero, sobre todo, inteligente. De esas que cuando caminan por el mundo parece que una luz las va siguiendo. Es ese tipo de mujer que hace que el triunfo de un hombre, su salvación moral tras una vida fracasada, sólo radique en que se sienta amado, admirado y respetado de nuevo por ella.

**¿Tanto poder tiene una mirada?**

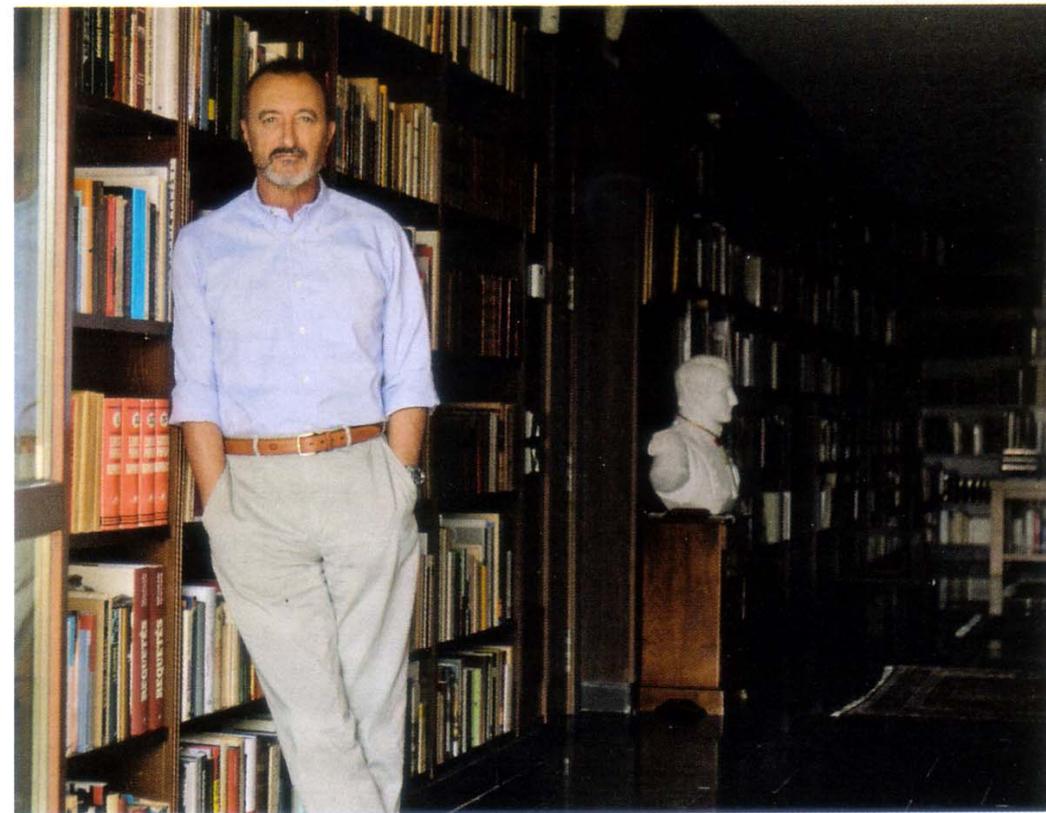
La de la mujer sí. Te puede matar. Es letal. Una mirada de desprecio de una mujer superior, y casi todas las mujeres, hasta las tontas, suelen ser superiores, es algo que un hombre no borrará nunca de su memoria. Es el peor baldón que puede llevar sobre su conciencia.

**¿Has estado con muchas de esas?**

Por suerte no, pero tengo claro que la mujer tiene un potencial, fruto de su larga herencia genética, que le da una capacidad para dictar sentencia de la que los hombres carecemos. Y esa medalla o esa condena que impone le puede cambiar la vida a un hombre, y me refiero al sensible, al que conoce el valor de las cosas, no a un idiota. ▶



«Si no hay una mujer inteligente que te dé la réplica, que toque tus puntos vulnerables, pasas por la vida sin enterarte de nada»



Sin renunciar a tu mundo de intriga y ajedrez, has cambiado el registro hacia una novela sentimental. ¿Esta vez has escrito pensando en las mujeres?

No ha sido premeditado. Yo podría haber hecho una novela del viejo truhán que mira atrás, pero hubiera quedado incompleta, porque si no hay una mujer inteligente enfrente que te dé la réplica, que te ponga los dedos en los puntos vulnerables, uno pasa por el mundo sin enterarse de nada... ¡Es que yo sin mujeres hubiese sido un perfecto imbécil toda mi vida!

¿En serio?

Te doy mi palabra de honor. Yo sería un perfecto imbécil si las mujeres en un determinado momento no me hubiesen llamado cretino o listo o tonto. Y trasladando la vida a la literatura, para esta novela necesitaba una mujer que diera ese testimonio frente al hombre. Pero ¿qué ha pasado? Que ella se ha adueñado de la historia. Se convirtió en la protagonista. Así que esta vez he escrito sobre la mujer lúcida. Sobre cómo puede sobreponerse a la decadencia física precisamente porque ha conquistado el aplomo que le da haber apostado por vivir su vida con conciencia de sí misma.

Hace años me dijiste literalmente: «Las mujeres estáis jodidas porque sois como los yogures: tenéis fecha de caducidad». Es verdad, es verdad (risas).

¿Ahora las has redimido?

(Vuelve a reír). Sigo creyendo que hay caducidad excepto cuando eres una mujer inteligente y puedes superarla. Ahí está el desafío. Pero muy pocas lo consiguen con dignidad, y no porque no puedan, sino porque el mundo en que vivimos no se lo permite. Y no se atreven a ser ellas mismas. Es muy triste ver cómo algunas se quedan ancladas porque no han sido capaces de ser ellas frente a ese sistema que les impone una claudicación suicida. Al menos así lo veo yo.

¿Desde cuándo?

Yo empecé a conocer el mundo cuando comencé a observar a mi hija. Antes, era un tipo como todos. Con mi mochila, mi guerra, mi fútbol, mi bar de la esquina. Con esos mil recursos que el hombre ha generado desde hace siglos para poder soportar los lados oscuros de la vida. Y la mujer era un complemento. Era sexo. Era compañía. Era calor. Era afecto. Pero cuando tuve una hija, por ahí debe de andar (mira hacia la parte de

arriba de la biblioteca), me di cuenta de que la mujer era muchas cosas más. Mi hija me sentaba en un sillón y me decía: «¡Pero papá...!». Como diciéndome: «No tienes ni idea». Entonces entendí que realmente era superior a mí. Pensaba: «¡Esta tía, que sólo tiene 17 años, es superior a mí! Ya sabe que los hombres somos despreciables. O lo intuye, porque lo lleva en su casta femenina». Entonces me dediqué a observarla. Verla crecer me hizo recapitular y percibir a las mujeres de una forma diferente: mirarlas con humildad. Desde dentro. Para aprender. Eso para mí fue muy interesante. Así que quizás al hecho de tener una hija y no un hijo le debo poder escribir sobre otras cosas.

¿Cosas como el amor? ¿O el haber dejado de momento tus habituales temas de aventuras responde a otros incentivos?

Cuando empecé esta novela sólo tenía 38 años. Y la abandoné porque me faltaba decadencia física y canas en la barba. Era una cuestión de edad poder escribir sobre el amor. Ahora atravieso una frontera de la vida donde estoy dejando de ser lo que fui y empezando a ser otra cosa. Ya noto los estragos del tiempo, en lo físico, en el cansancio interior, en las resignaciones, en tolerar muchas cosas que antes no aceptaba. Juego con la ventaja de tener una biblioteca como esta, que es como la aspirina, que me ayuda a que la vida duela menos. Pero ya estoy en una edad en la que, sin ser vejez, me doy cuenta de que esto se está acabando. Ya empiezo a notar algunas manchas...

Eso sí que no...

¡Sí, sí, míralas! (extiende sus manos). Ahora ya sé cómo es un tío mayor. Sé qué se siente cuando a una jovencita le eres indiferente, cuando te levantas por la mañana y tardas diez minutos en que los huesos funcionen otra vez como es debido. Por eso ahora he podido entender a mi protagonista, un hombre de 64 años que se niega a aceptar una historia de amor hasta que llega el final de su vida. Y es que, además, el amor es así. ▶

«Empecé a conocer el mundo cuando comencé a observar a mi hija. Antes era un tipo como todos. Con mi mochila, mi guerra, mi fútbol»

«Los ángulos oscuros del ser humano tienen que ver con la violencia, la guerra, pero también con el sexo»

¿Cómo es el amor?

A mí no me va el amor tipo Corín Tella-do, y me refiero a eso de «chico-conoce-chica-se-casan-y-son-felices». Porque el amor tiene muchos altibajos, complejidades, traiciones, malentendidos, desapariciones y resurgimientos.

¿Con qué está hecha tu literatura?

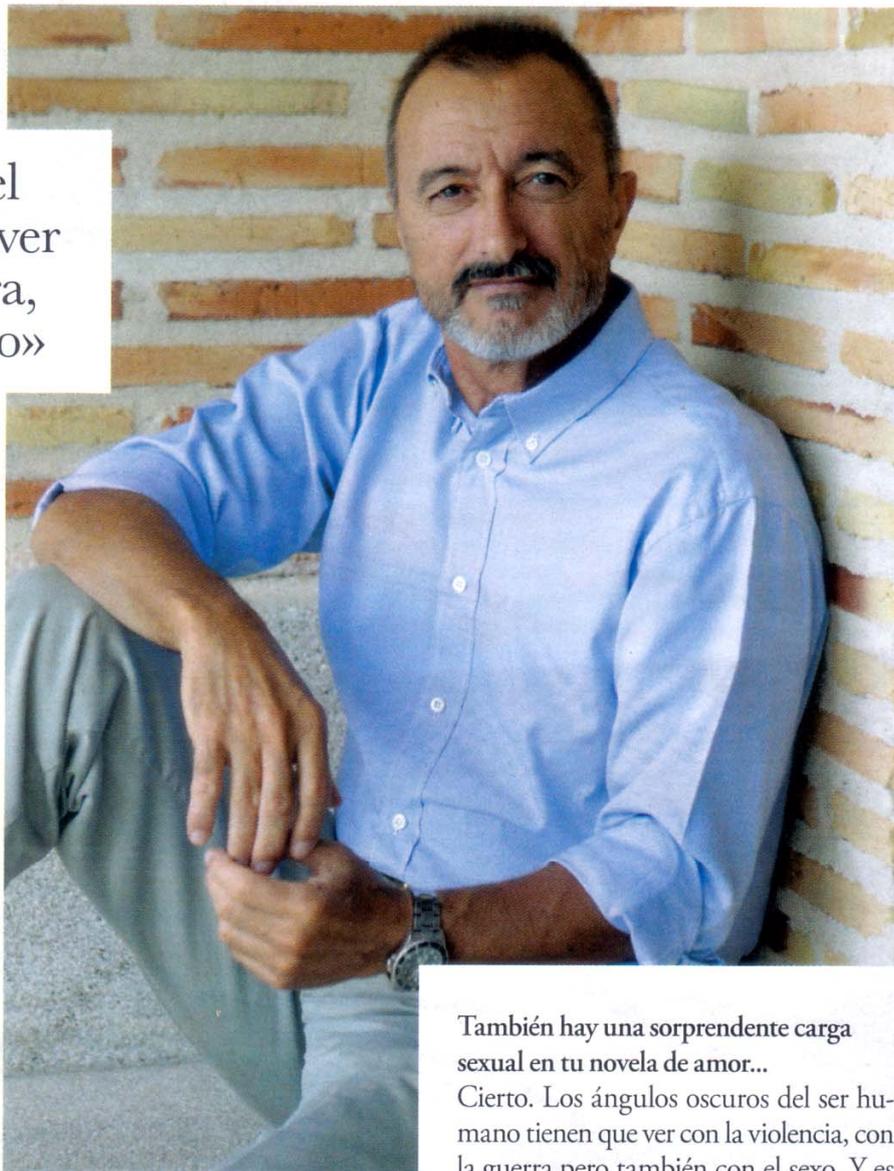
Hay dos grandes tipos de escritores. El sedentario, que trabaja con lo que imagina y lo que ha leído. Y luego está el que añade a eso su vida personal. Yo tengo una biografía movida. Me fui de casa con 18 años y una mochila, y pasé por 21 países en guerra. Hoy por hoy sigo viajando y navegando. En mi nueva novela el estudio de moda ha sido algo muy importante. He manejado casi 30 obras especializadas y primeras ediciones de muchas revistas, desde *Blanco y Negro* hasta *ELLE*. También he visto mucho cine mudo para tomar actitudes y ver en movimiento la ropa. Pero cuando el protagonista golpea con el cigarro el cristal del reloj es mi padre quien lo está haciendo y muchas de las maneras de vestirse de ella son de mi madre. Mis novelas son consecuencia de mi vida. Yo en realidad siempre escribo la misma historia.

¿Ah, sí? ¿Cómo es eso?

Sí, siempre escribo la misma novela. Desde hace 20 años. Y mi corazón, mi mirada, van cambiando con ellas. Cada una de mis obras es una visión más honda del mismo territorio. Me siento como un topo que cada vez va buceando más.

¿Y qué te ha dado esta novela?

Consuelo. Hay nostalgias, melancolías, ilusiones que ya se vivieron y no se pueden repetir. Como cuando ves por primera vez Roma de noche, una mujer desnuda o un amigo te emborracha. Y a mi edad las primeras veces ya son escasísimas. Esta novela me ha permitido vivir cosas que parecían imposibles como si fueran nuevas, ¿comprendes? Estar de



nuevo enamorado con 20 años y comprobar si con 60 años me siguen amando o no me siguen amando.

¿Qué escritor nunca ha dejado de habitar tus distintas pieles?

Hay un autor que envejece conmigo, que le da respuestas al Arturo que soy ahora. Es Joseph Conrad. Lo leo y es como si lo hiciera por primera vez. Es como un amigo, por eso lo tengo ahí en esa fotografía colgada de la pared. A veces le consulto: «Oye, maestro, ¿cómo harías esto? ¿Qué hago con ella?». «Pues acuérdate de mi personaje de Doña Flora», me contesta. Y me digo: «Ah, claro». Y me pongo a escribir: tac, tac, tac, tac...

¿Has leído *50 sombras de Grey*?

No, lo he hojeado. Y me recuerda a cuando en los años 70 había revistas con fotos de mujeres en pelotas con textos porno. Sin embargo, conozco a mujeres inteligentes a las que les ha interesado, así que habrá cosas que yo no he sabido ver y que una mujer inteligente sí.

También hay una sorprendente carga sexual en tu novela de amor...

Cierto. Los ángulos oscuros del ser humano tienen que ver con la violencia, con la guerra pero también con el sexo. Y es muy interesante cuando una mujer lúcida asume esas sombras que se le han estado negando por razones de educación.

¿A quién te gustaría ver sentado contigo en la Real Academia de la Lengua?

Hay dos que quiero meter en la Academia: uno es Sabina y el otro Ibáñez, el de *Mortadelo y Filemón*. Por ahora no lo consigo, pero estoy en ello.

¿Te has leído todos estos libros?

Habré leído un tercio. Pero una biblioteca es algo con lo que interactúas todo el rato. Aquí también es donde me siento a las ocho y ficho ocho horas. A veces me salen dos folios, otros cuatro, otros ninguno. Luego los corrijo y me los llevo de viaje, como ha pasado en este caso, para poder vivir en sus escenarios: Buenos Aires, Sorrento, Nápoles, Niza.

¿Qué lujo...

¡Ah, claro! Es que yo escribo novelas como pretexto para hacer eso... Por cierto, ¿te has leído esta hasta el final?

Sí. Y he llorado.

¿Has llorado? Entonces me alegro. ■